

gración obrera del canal se le sepa asimilar. Conjuntamente con los planes de la construcción del canal urgirá hacer un plan de educación para asimilar a la enorme población que se nos echará encima.

A los intereses de Nicaragua y Costa

Rica les conviene prohibir los comisaratos norteamericanos. Así, lo que perderán los nativos por la invasión de braceros, lo recobrarán en el comercio y en la producción agrícola intensificada para satisfacer las necesidades de los recién llegados trabajadores.

Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, a 22 de enero de 1931.

La falsa estampa

=De *El Tiempo*. Bogotá=

Jóvenes bolivaristas, del más sincero bolivarismo, me han dejado ver varias veces cierto Bolívar que corre entre la masa y que siendo agradable de voltear como las monedas de oro, es moneda falsa, un Bolívar que triunfa todos los días de la semana, un Bolívar espectacular, carne de apoteosis permanente, ridícula como las ferias permanentes. Es que a los jóvenes les gusta mucho el triunfo, mala cosa, porque a causa de de ello al tercer contraste con la vida rija y difícil se quedan ellos por allí derrengados de decepción y con la boca llena de acedia.

Las tres entradas solemnes en Bogotá, en Caracas y en Lima, cubren varios metros del fresco bolivariano, pero como el fresco de esta vida cuenta leguas, las famosas «entradas» triunfales se vuelven puras pecas de anécdotas, mejor aún tachuelas de bronce que sostienen el fresco legítimo, formado de una especie de traición segmentada e inacabable que va desde Páez hasta los septembrinos, de cien desalientos y de más angustias. Las breves complacencias de Bolívar parecen dichas violentas de alcohol que duran cuanto más la noche y donde el hombre se calienta las manos un rato, aprovechando el reposo y el resplandor para mirar a las mujeres...

Todavía más necia que esta cinta rojoro de entradas victoriosas es la otra de los Bolívares «señoritos». Cierta es que en el viaje por las Europas del tiempo, Bolívar que era todavía hombre de Fernando VII anduvo vistiendo mamarrachos de felpa y sombreros que él bautizaba. Ocho años le toman esas boberías; pero la galopada por la incortable cordillera, la atravesada de aguas grandes y de pantanales podridos se lleva nada menos que dieciocho años; como a nadie se le cuentan los de cuna y los de la adolescencia inconsciente, y como murió a los cuarenta y siete, las sonadas sensualidades de Bolívar ocupan ocho años, que no es lo suficiente para que este hombre se nos fije en una casaca recamada y de unos zapatos de hebilla.

Conviene sacar a lucir las siluetas que le hemos echado atrás por antojo de pintarlo en una especie de quetzal de copete y cola persas; y también, será bueno hacer salir del baúl negro y verídico las prendas desgraciadas y grotescas que pudieron ser las más nobles.

El oficial inglés anónimo habla de «la blusa hecha con pañuelos de todos los colores»; de unos pantalones blancos y rotos que le llegaban a la rodilla; de

un «sombrero de hojas de palmera» y de unas «alpargatas» peoninas. O'Leary, el contador capital, habla de su comida «sin mesa» y seguramente sin servicio, a pura mano, de la aldea de Setenta, y él mismo nos ha transmitido la bata cómica con que estaba vestido en la hamaca de Casacoína, donde no tenía ni un peso y se saboreaba la Lima virrey-nal como si ya la tuviese en la mano; y el último cronista, el médico francés Reverend, tuvo la feliz ocurrencia de contarnos el entierro con la «camisa ajena». Si no se la ofrece un «comedido», se acuesta con la prieta de la tierra, con la camisa del buen barro americano.

Las demás pellejerías son fáciles de imaginar. Aquel pobre cuerpo echó de sí tales sudores que comenzó en delgadez para acabar hecho una espina; las botas lustradas y tiesas con que salía a la campaña a lo galán, ya a medio camino estaban sobajeadas de ijar caliente de caballo; el sombrero grande que piden aquellos soles aguerridos iba quedándose en garfios de árboles y en lianas de tomar y coger, y las monturas se abrían desquiciadas o partían la cincha en el momento de la pelea de locos, cuando no importaba bestia ni cuerpo, ni alma.

Cualquiera puede pensar lo que sería esa cara a los cuarenta días de resolanas o sol crudo, lo que serían las meji-

llas de Manuelita Sáenz, cortadas de vientos, de terrales y de brisas agrias, el cuello prieto como el higo nuestro hasta donde la chaqueta lo amparaba, y las manos callosas de correa de riendas como las asentaderas de la montura; la completa lástima del Bolívar de las «llegadas famosas», de las «entradas» reales.

Ese Bolívar verdadero, porque dieciocho años redondean una verdad, no lo tenemos en ningún cuadro todavía, y hasta a mí me hace falta en esta mesa del hotel extranjero donde me acompaña al lado del Sarmiento cuyano.

Si tiene ojos la tierra americana, estará más molesta que yo de la silueta con que la engañan, al acordarse del hombre que le corrió encima a lo largo de quince grados de latitud, que le bebió de pie y de bruces en cuantos ríos ella posee; que le alentó en cuantos repechos y bajadas cuenta su lomo; que le abrió bosques y praderas con las patas de su caballo y con su pecho mismo, y que dejó sus tratos con ella, con la tierra marcadora y señaladora, sólo para acabarse.

Me decía una vez un leñador de Temuco, en la araucanía nuestra, cuando le preguntaba yo el nombre de no sé qué pastos: «¿Que si los conozco todos? No hay arbolazo, ni crío del árbol que no me haya arañado por cualquier parte y que no me sepa el sabor de la sangre». El cuerpo de Bolívar es eso en relación con el Trópico: no hay árbol que no le haya salpicado desde las botas a las manos desnudas. Una madre Ceres tropical, lamiéndolo como a su hijo, hallaría en esa carne todos los sabores de sí misma.

A Diego Rivera démosle a hacer este Bolívar de veras, machucado de cuerpo y con el desorden de la carrera y de la tierra apuntando en caballo, en aperos y vestimenta. El otro, aderezado y reluciente, que les sirve a los jóvenes a quienes daña con su falsedad, que se quede en las salas de las presidencias, para el gusto de aquellos grandes poltroneros.

Gabriela Mistral

Nueva York, 1931.

Sinfonías del trópico

Para Miguel Angel Asturias

El desayuno del indio

*Entre las cañas oro y humo.
El jarro abre la boca haciendo gárgaras
con el café rancharo.
Desayuno. Tortillas,
rubias tortillas entre aplausos
caen desnudas al circo del comal
y con soberbia indígena,
—eco de hazañas cuando la conquista—
un plátano, sonriendo
se chamusca el pellejo en los tizones.
La llama
ríe en el filo de los azadones...
y el cigarro campero
tiene en la punta el último lucero.*

(*El Imparcial*. Guatemala)

La campana

*Dan... dan... campana.
Nodriza de la finca. Va tu son
—agua viva—cayendo en borbollón
sobre la rubia piel de la mañana.
Son de campana,
son de campana obrera y capitana.
Lirica ducha que espabila
el friolento letargo de los cerros
allá por donde el eco de una esquila
entra al corral llorando entre los perros.

Toda la madrugada
está temblando en un cantar
salpicado de leche en la majada.*

Flavio Herrera

Bulbuxyá, 1930.